

valentes por lo menos a la mitad de su valor; la hacienda más valiosa ya mencionada, debía por este concepto sólo \$ 9 000. A mediados del siglo pasado, estas hipotecas ascendían a la cantidad de \$ 1 150 000. Tampoco proporcionaron en 1712 todos los hacendados el valor de su finca. Con estas salvedades, tenemos un magnífico censo de las fincas rústicas como quizás pocos se hayan hecho en otras regiones del país.

La editora confeccionó un excelente mapa indicando la ubicación de todas las haciendas y los ranchos y preparó siete cuadros (uno por cada partido del territorio) en que se sintetiza la información de la encuesta. Al sumar las cifras, obtenemos lo siguiente: en Tlaxcala había en 1712 en total 94 haciendas y 85 ranchos, con extensión total de 96 824 ha, o sea menos de 1 000 ha (10 km²) por cada finca. En total había en estas fincas 76 039 cabezas de ganado de toda clase; no es difícil imaginar que el ganado lanar era el más numeroso: en efecto, llegaba a 44 932, bastante más de la mitad, aparte de una cantidad reducida de carneros. Se puede suponer que las haciendas tlaxcaltecas eran importantes —si es que no las más importantes— abastecedoras de los obrajes poblanos, muy activos en aquel tiempo; se puede suponer también que la industria tlaxcalteca de la lana a nivel doméstico se abastecía principalmente de la materia prima proveniente de los rebaños pertenecientes a los indios.

La editora completó el libro con varios índices, de modo que la obra es muy útil para los que quieran investigar la propiedad territorial, la agricultura, la ganadería y otros aspectos de la economía y la sociedad tlaxcalteca en el siglo XVIII.

Jan BAZANT

El Colegio de México

MORRIS SINGER, *Growth, Equality, and the Mexican Experience*.
Austin, University of Texas Press, 1969.

En 1961 el profesor Singer pasó cinco meses en México y abordó un tema prometedor: la distribución del ingreso. Ocho años más tarde publicó un libro decepcionante y hasta engañoso. Sus defectos son aún más notorios porque en el intervalo transcurrido desde que terminó su trabajo de campo ha aparecido una encuesta excelente sobre el gasto familiar, la que ofrece nueva

información acerca de la distribución del ingreso, y por otra parte, ha salido a la luz una cantidad de artículos y libros sobre el tema.

El libro se dirige al lector norteamericano preocupado por las influencias comunistas en la política mexicana y guiado por la idea que se tiene en Norteamérica de lo que es la democracia política. Esta predisposición ideológica queda de manifiesto a lo largo de la obra: así, no nos sorprende descubrir que los mexicanos "aprendieron de los Estados Unidos el sentido de la democracia política" (p. 102), pero que se ha favorecido a las formas democráticas sólo cuando "no han interferido con los objetivos políticos" (p. 206). La ideología constituye una parte integral del libro en su conjunto, quedando demostrada con máxima claridad la fe de Singer en el funcionamiento de un modelo democrático de libre competencia cuando nos asegura que "los contactos con culturas extranjeras [se dieron]... en su mayoría sin que hubiera explotación" (p. 47), pese a la manifiesta preocupación de muchos políticos y estudiosos mexicanos en torno a la penetración de México por parte de los Estados Unidos. A pesar de las numerosas pruebas en contrario, no vacila en decir que en el país "generalmente existe un clima político de libertad" (p. 87), aun cuando su "sistema económico es virtualmente inclasificable" (p. 87) y su "gobierno, dinámico y progresista en materia económica, ha intervenido de una manera reconocidamente arbitraria para hacer avanzar la economía de la nación" (p. 103).

El análisis a que Singer somete diversos segmentos de la estructura económica y social de México (mano de obra, agricultura, comercio y ayuda internacionales) hace pensar que el sistema económico mexicano ha sido bastante eficaz en promover una elevada tasa de crecimiento económico, transfiriendo, sin embargo, una parte muy reducida de los frutos de dicho progreso a las masas. Durante la década del cincuenta no se produjeron cambios en la distribución del ingreso y hasta es posible que haya habido un deterioro de la misma. Ésta es la tesis que sostiene Singer y quizá su contribución principal al tema resida en la traducción y resumen de importantes datos preparados por los especialistas mexicanos. La importante obra de Ifigenia Navarrete sobre la distribución del ingreso en México ha sido inaccesible a los muchos latinoamericanistas norteamericanos que tienen poco

dominio del castellano o no conocen bien a los científicos sociales latinoamericano o poseen ambas limitaciones.

El cuadro de la desigualdad en la distribución del ingreso personal se ve reforzado con datos que señalan características semejantes en el plano funcional, sectorial y regional; la riqueza, como era de esperar, también se halla muy concentrada. Los datos en cuestión y otros están sujetos a muchas reservas debido a la escasez de estudios directos y series coherentes, pero “se quiera o no, uno se ve obligado a servirse de ellos” (p. 139). Persiste, sin embargo, un aspecto perturbador, ya que pese al incremento que ha experimentado la concentración del ingreso personal, se elevaron los salarios relativos en los años cincuenta.

Dicho aspecto, como muchos otros, surge de los datos acumulados por Singer, pero la descripción que hace del contexto de que forman parte tales datos es terriblemente inadecuada. Así, señala que la Revolución libró a México de su “muy agobiante aristocracia feudal” (p. 117) y dio paso a un período de estabilidad política con un gobierno dinámico y progresista. No es necesario que nos detengamos a poner en tela de juicio su dudosa suposición de que México era un país feudal durante el Porfiriato, ya que la mayor parte del libro trata de las políticas que han seguido los gobiernos para afectar la distribución existente del ingreso, sin embargo, incluso aquí el análisis no demuestra ninguna sensibilidad hacia el papel relativo que desempeña cada uno de estos instrumentos en la política mexicana. Se dedica un espacio relativamente grande a la estructura *formal* del sistema tributario, pese al hecho de que debido a que existe una verdadera selección en cuanto a los contribuyentes efectivos y a causa de la ineficiencia de la administración, las repercusiones reales son menos progresivas de lo que señala. Sin mencionar ninguno de los problemas obvios que plantea un cálculo efectivo de las tasas de impuesto, emplea listas nominales de impuestos para calcular las repercusiones de la política tributaria sobre las clases en que se distribuye el ingreso. Su análisis señala que “el gobierno mexicano tomó medidas tributarias bastante razonables durante la década del cuarenta” (p. 217) y que se puede hacer una leve —muy leve— defensa de la afirmación de que a fines de los años cincuenta México necesitaba más de ingresos públicos adicionales que de una progresividad mayor en un sistema tributario” (p. 229). Resulta casi imposible determinar las bases para evaluar varias metas que llevaron al autor a formular este juicio

mientras dedica el libro a criticar la evolución de la estructura de distribución del ingreso. Por otra parte, siguiendo la costumbre de algunos norteamericanos, en la práctica no dedica ninguna atención a la política monetaria, que aún hoy constituye un instrumento importante y discrecional de acción política en México; toda discusión al respecto se incluye bajo el encabezamiento de "Perspectivas sobre la Inflación", en que se examinan los cambios de los precios sin tomar en cuenta las devaluaciones con las que están íntimamente ligados.

El capítulo sobre el gasto público se limita a la educación y el bienestar, en los que se asignan los recursos sobre la base de "la productividad de la mano de obra y el autofinanciamiento institucional" (p. 262) y que tienen el efecto de exacerbar las desigualdades existentes en el sistema. Singer no menciona nunca que una proporción considerable de los gastos que contempla el presupuesto para el bienestar social se desvía a otros usos y tampoco examina el proceso de asignación, responsable del desequilibrio que advierte; en lugar de ello se nos informa que en México, que se encuentra entre los "países pobres y con estadísticas insuficientes" (p. 249), ciertos cálculos económicos racionales llevaron al gobierno a discriminar en contra de las zonas rurales. Es ésta otra de las circunstancias en que se permite que la ideología se disfrace de teoría, a fin de racionalizar políticas discriminatorias de gastos.

Aparentemente, el profesor Singer nunca se preocupó por preguntarse cómo se produjo tal situación. Tampoco se detuvo a pensar que son excepcionales las sociedades que han sido capaces de afectar positivamente su distribución del ingreso durante el proceso del desarrollo económico; ni siquiera los Estados Unidos de Norteamérica, con su riqueza y su caudalosa legislación tendiente a introducir impuestos a la renta progresivos, seguro de desempleo, seguridad social, bienestar y *medicare* (servicio social médico), han podido cambiar de manera notoria su distribución del ingreso durante el último medio siglo. Pensándolo bien, no se puede dejar de creer que podría aplicarse igualmente a su propio libro la crítica que el profesor Singer formula a un autor mexicano: "posee un valor económico limitado [pero] sirve, eso sí, como valioso ejercicio de relaciones públicas y propaganda" (p. 123).